

HOMILÍA XXXII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO - 2011 CICLO “A”

Estamos terminando las semanas del Año litúrgico, y las lecturas de estos últimos domingos nos van orientando hacia el final de la historia del mundo y la vuelta gloriosa de Jesucristo Resucitado.

Hoy con la parábola de las doncellas preparadas nos invita a vivir preparados y con las lámparas encendidas de la fe, de la esperanza y del amor para entrar en el banquete eterno y estar con el Señor para siempre.

El tiempo en que vivimos por la misericordia de Dios es un tiempo de esperanza y de oración. No vivamos en la inconsciencia, ni en el sueño del pecado. Es hora de despertar y de abrir los ojos de nuestra alma y los oídos del corazón para escuchar y acoger al Señor que viene a nosotros.

Jesucristo es el Salvador y Redentor de los hombres

No le demos la espalda ni le cerremos la puerta de nuestro corazón.

Abramos las puertas del alma para que el Señor entre y se quede con nosotros para siempre.

¡No tengamos miedo a Jesucristo ni nos mostremos indiferentes ante Él y su llamada!.

¡Abramos las puertas a Cristo!

1.- Las Lecturas

* **Libro de la Sabiduría 6, 12-16.** El libro de la Sabiduría nos invita a buscar, encontrar y a poseer la auténtica sabiduría. Encuentran la sabiduría los que la buscan. Busquemos nosotros la sabiduría divina que nos hace realmente sabios.

* **Salmo Responsorial 62.** Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío. Que nosotros tengamos sed del agua viva que brota a raudales del Corazón atravesado de Cristo crucificado. El que bebe de esta agua nunca tendrá ya sed. No vayamos a beber a cisternas de aguas corrompidas.

* **Primera Carta de san Pablo a los Tesalonicenses 4, 13-18.** Pablo enseña que a los que han muerto en paz y gracia, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él. ¡Que verdad tan consoladora para todos!. No temamos ante la muerte por dolorosa que sea, ya que Cristo la ha vencido y nos da parte en su victoria: la resurrección. Vivamos unidos a Cristo, perseveremos en esta comunión con Cristo y así moriremos también unidos a Él.

* **Evangelio según san Mateo 25, 1-13.** Jesús parte de un hecho corriente en la vida y de él saca una lección que nos ofrece: “velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora”. Estemos bien preparados porque a la hora que menos penséis llega el esposo, que es Jesucristo. No vivamos

adormecidos. Estemos en vela para que cuando llegue el Esposo, nos encuentre despiertos y podamos salir a recibirlo.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- ¡Estad en vela y bien preparados!

El Señor nos hace una llamada: estad en vela porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre. “Sed sobrios y velad porque el demonio, vuestro adversario, como león rugiente, anda a vuestro alrededor buscando a quien devorar. Resistidles firmes en la fe” (IPedr. 5,8-9).

Estas palabras de san Pedro nos ponen ante la verdad de nuestra vida: un día tenemos que dar razón de nuestra existencia ante Jesucristo, Juez de vivos y muertos. ¿Nos resulta difícil aceptar y meditar los aspectos dramáticos del cristianismo: el pecado, la muerte, el juicio, el infierno...?

No vivamos instalados en la inconsciencia, ni perdidos entre las cosas de este mundo ni distraídos ante “los cantos de sirena” que podamos escuchar en nuestra existencia ni seducidos por el brillo de las cosas de este mundo, ni acostumbrados al pecado.

Examinemos nuestro corazón y nuestra vida a la luz de los mandamientos y de las bienaventuranzas de Jesús.

Estamos a tiempo de rectificar, de convertirnos al Señor....¿A qué esperamos? ¿A qué esperas? Nuestro tiempo es tiempo de gracia y de salvación.

2.2.- ¡Esperemos al Señor!

Estamos vigilantes porque estamos esperando al Señor que viene y se acerca a nosotros, también a ti. Toda nuestra vida es una permanente espera del Señor. Así lo ponen de relieve las tres lecturas de este domingo que acaban de ser proclamadas.

No nos dejemos acaparar ni dominar por las cosas de este mundo pensando que ellas pueden llenar el deseo de felicidad que tiene nuestro corazón. No nos dejemos engañar por las cosas de esta tierra porque son efímeras, no sacian nuestra sed de felicidad y dejan un vacío inmenso en el alma.

Esta esperanza es compatible con nuestras debilidades y flaquezas. Santa Bernardeta oraba al Señor diciendo: “Jesús, refugio de las almas desoladas, ten piedad de nosotros”.

2.3.- El encuentro con el Señor

Llegará el día de nuestra muerte y veremos nuestra muerte cara a cara. Se harán realidad en cada uno de nosotros las palabras de la Escritura: “eres polvo y volverás al polvo” (Gn.3,19). Es la perspectiva amarga, dolorosa de la muerte.

Pero Cristo ha vencido y triunfado sobre la muerte. “Cristo es la resurrección y la vida” (Jn.11,25). “Quien cree en Él, aunque haya muerto, vivirá” (Jn.11,25). “Porque la vida de los que en Ti creemos no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo” (Prefacio). Esta es nuestra fe y esta es nuestra esperanza.

¡Que nada ni nadie nos quiten esta fe y esta esperanza!

Oremos ahora con la plegaria de la Iglesia: “dales, Señor el descanso eterno, y brille para ellos la luz eterna”.

Llegará el momento en que nos encontremos con el Señor Jesús en quien creemos, a quien amamos y en quien esperamos a lo largo y ancho de toda nuestra vida. ¡Tú bien lo sabes, Señor!

Y será el día y el momento más feliz de nuestra vida cuando el Señor nos diga en su misericordia infinita: “venid, benditos de mi Padre, entrad en el Reino”.

Entonces estaremos para siempre con el Señor en la paz y en la luz eternas.

¡Gracias, Señor!

¡No te vayas sin nosotros!

3.- De la Palabra a la Eucaristía

La Eucaristía fortalece nuestra esperanza mientras vamos de camino por este mundo hacia la Casa del Padre y a la espera de Jesucristo cuya venida gloriosa esperamos. Lo que ahora vivimos en la fe, un día se realizará en la gloria del cielo. Entonces la esperanza desaparecerá pues hemos recibido lo que esperábamos, hemos encontrado a Jesucristo a quien esperábamos.

4.- De la Eucaristía a la misión

“La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un

vislumbre del siglo nuevo....El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección” (GS 39).

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres. 31 de octubre de 2011

Florentino Muñoz Muñoz